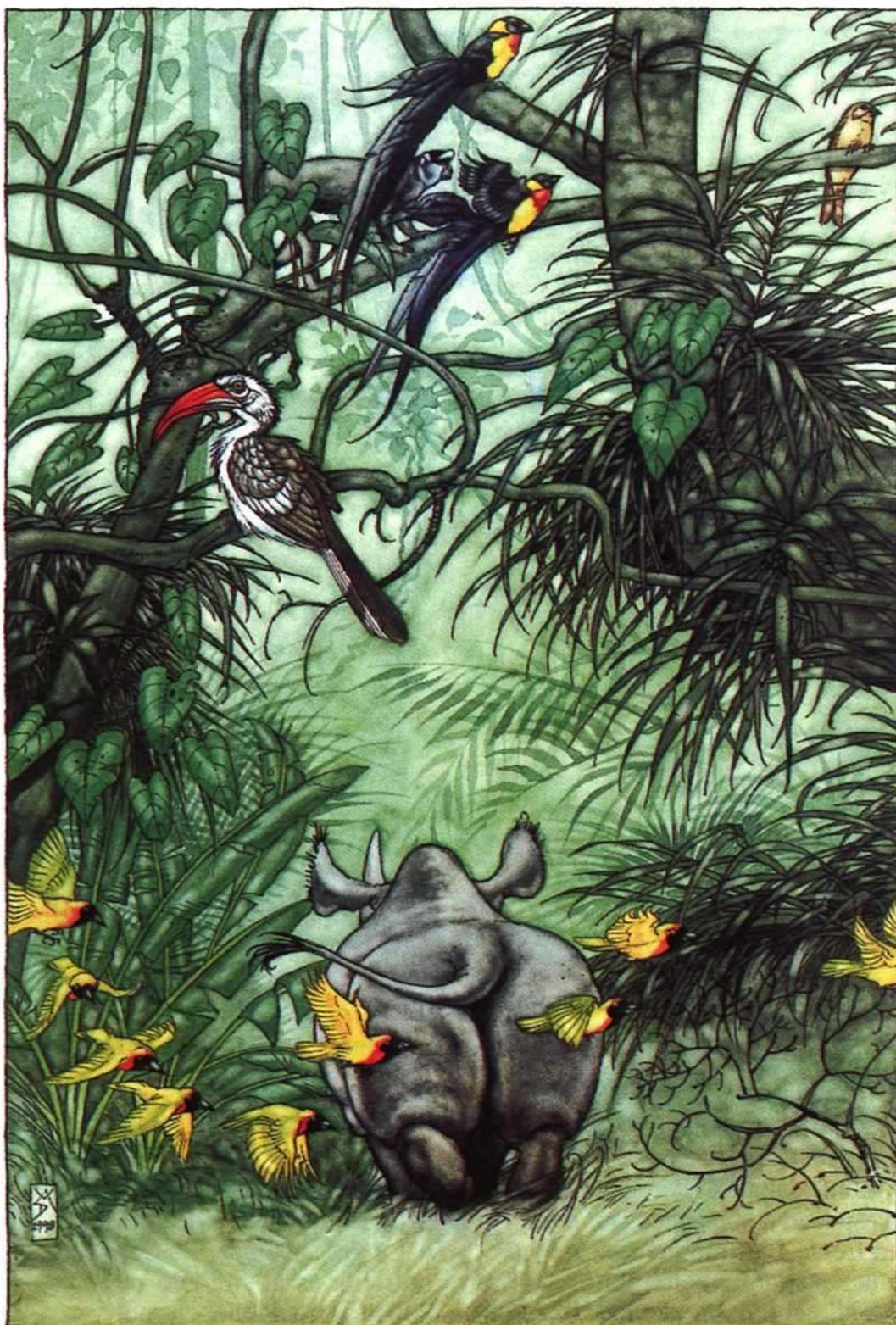


RUDYARD KIPLING

Sólo cuentos

Por Jorge Ferrer-Vidal*

En Just so Stories for Little Children, publicado en Londres y Nueva York en 1902, Kipling incluyó doce historias y doce poemas, con intencionalidad educativa, que él mismo se encargaría de ilustrar. El libro entusiasmó a otro gran escritor, G.K. Chesterton, que dijo que no se trataba de cuentos de hadas, sino de leyendas, entendidas éstas como «cuentos contados a los hombres cuando los hombres estaban cuerdos».



ÁNGEL DOMÍNGUEZ, PRECISAMENT AIXÍ, JUVENTUD, 1998.

50

CLIJ143

Para niños? Me pregunto tras su lectura. Creo que no. Conozco bien la obra de Kipling y puedo asegurar que la mayor parte de sus libros, incluso aquellos concebidos de manera especial para jóvenes lectores, ¡tan abundantes y tan bellos! (*El libro de la selva*, *Capitanes intrépidos*, *Stalky & Co.*, los preciosos libros de Puck, *Puck de la colina de Pook* y *Prodigios y recompensas*, y tantos otros), son leídos con regocijo y entusiasmo por lectores adultos, por la simple razón de que cualquier obra de Kipling entraña una universalidad absoluta que la convierte en apta para todo tipo de lectores.

Debo confesar que leí hace ya muchos años *Sólo cuentos (para niños)*, y que el contenido de sus páginas dejó en mi sensibilidad de lector empedernido un regusto de complacencia y un sentimiento de buenandanza que sólo la obra de los grandes artistas es capaz de transmitir. El mundo que Kipling nos describe en *Sólo cuentos* es mágico; es quizás el mismo mundo que aflora en otras numerosas obras, en las que los animales se humanizan en tal medida de densa espiritualidad, que se nos hacen íntimamente humanos. ¿Quién de entre vosotros no recuerda los inolvidables personajes de los libros de la selva de este autor, de la pantera Bagheera, del chacal Tabaqui —el lamedor de platos—, de los entrañables padre y madre lobos, de Akela, el lobo solitario, del astuto tigre Shere Khan y de tantos y tantos otros hermanos *naturales* del pequeño Mowgli? ¿Quién ha podido olvidar el ambiente de feliz ensueño y de sorprendente fantasía que, entre todos, estos personajes crean en la selva?

En *Sólo cuentos* volvemos a encontrarnos con buena parte de esos seres peculiares, con esos extraordinarios animales que razonan y hablan con la mayor lógica, que se expresan con más claridad que ningún hombre y que interpretan aventuras de un colorido y de una fuerza impensada, llevados de la mano por el prodigioso ingenio de su creador. La galería de animales espiritualizados que Kipling presenta en este libro es, según los casos, paradigma del talento o de la estupidez del ser humano, quizá porque a Kipling le resultaba más fácil criticar la tontería, la mala educación, la



RUDYARD KIPLING, SÓLO CUENTOS, ANAYA, 1988.

petulancia y la falta de talento en animales que en hombres, si bien urge aclarar que, en cualquier caso, su crítica no es tan severa que no induzca, ante todo y sobre todo, a la sonrisa y a la ternura.

Divertidas historias educativas

Se puede leer en este libro la educativa historia de una ballena, cuya glotonería le conduce a mal fin; el cuento del dromedario, a quien el Genio de todos los desiertos condena a llevar sobre su lomo, eternamente, una giba adiposa, como castigo a su pereza; la triste aventura del rinoceronte con malos modales, al que un discípulo de Zoroastro castiga, a mi parecer, con excesiva dureza; la narración que nos hace saber del ingenio y la imaginación de un erizo y una tortuga que, con esfuerzo mutuo y solidario, logran transformarse en una nueva especie animal, los armadillos; y se puede apreciar también la torpe petulancia del joven jaguar coloreado que vive en las orillas del turbio Amazonas; así como averiguar por qué al canguro vanipavo le crecieron en desmesura sus patas traseras; o saber de la pereza mental del leo-

pardo y del etíope —¿qué diablos podía estar haciendo aquel etíope nada menos que en Sudáfrica?— y de la astucia y del buen sentido que muestran la cebrá y la jirafa, a la hora de adaptarse a su medio ambiente; y, cómo no, está la deliciosa aventura del pequeño elefante en las orillas desoladas del río Limpopo y de sus tratos con el cocodrilo y con la serpiente pitón bicolor de las rocas, historia de la que se puede deducir sensatamente que la *curiosidad* es siempre buena consejera y aporta, a la larga, valiosos frutos, aunque, en más de una ocasión, sea motivo de injustas y severas palizas; y produce asombro la historia de Pau Amma, sobre lo caro que resulta, a veces, escurrir el bulto y eludir obligaciones, o de los peligros que acarrea la insolidaridad y el egocentrismo de los que alardea el gato que gustaba de marchar a su aire y de no adquirir nunca compromiso alguno. Y, sobre todo, se puede cobrar conciencia del gran peligro que supone tener cerca de nuestras casas a mariposas que desahogan sus malos humores, tras los enfados con sus mujeres, pegando patadas.

Es evidente, y necio sería negarlo, ya que tal fue la voluntad de su autor, que

las historias que se recogen en este volumen poseen una intencionalidad didáctica. Pero convenid conmigo en que hay muchas maneras de dar lecciones, de que hay modos gratos e ingratos de aprender, y que el mejor modo de hacerlo es, sin la menor duda, divirtiéndose. Kipling, que de niño tuvo que aguantar a una malhumorada extraña con la que vivió más de tres años, en su casa de Southsea, y a la que, por ponerle algún nombre, llamó «tía Rose», tuvo una experiencia docente difícil, hasta el punto de que, en vista que de «tía Rose» nada cabía esperar, sino azotainas, reglazos en los dedos y palabras desabridas, decidió aprender a leer y a escribir por su cuenta, no por falta de deseos de compartir sus estados de espíritu con los demás, como sería el caso del gato que andaba siempre solo, sino por absoluta necesidad de hacer por sí mismo lo que la suerte le negaba que hiciesen otros por él.

Naturalmente, tras tales experiencias, Kipling aprendió ese difícil arte de enseñar, ¡vaya si supo hacerlo!, y, como los grandes pedagogos, enseñó deleitando, convencido de que se aprende más con un buen chiste, que con una severa admonición o un castigo, por leve que sea.

Por ejemplo, ¿cómo inventan Taffy y Tegumai (del cuento «La invención del alfabeto») el alfabeto? ¿Acaso lo hacen a punta de regla? Todo lo contrario. Esa encantadora familia neolítica —seamos caritativos e incluyamos en ella a la madre de Taffy, Teshumai, pero, ¡jamás, al resto de las insoportables señoras neolíticas!— inventa el alfabeto, previo al establecimiento de una plataforma de mutuo amor, de comprensión y de cordial compañerismo que es, sin duda —creedme—, el fruto más bello que puede emanar de una relación amorosa. Sólo un padre como Tegumai, capaz de ponerse en los zapatos (es un decir, porque iban descalzos) de una hija, y una

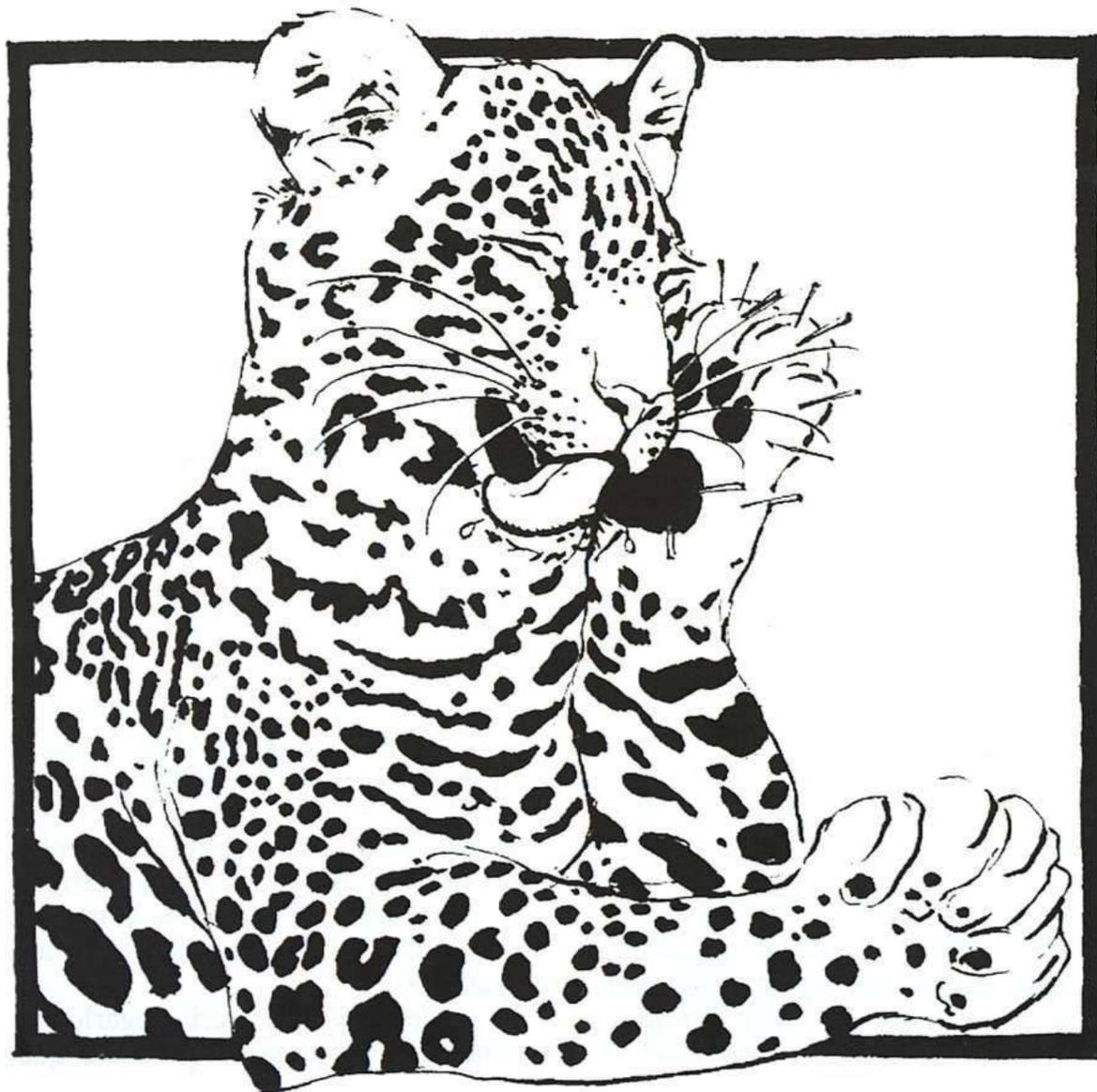
hija, que se esfuerza en ponerse los zapatos de su padre, pueden llegar, juntos y en perfecta armonía, a alcanzar logros tan altos y perfectos como los que obtienen Taffy y su padre.

Sí, no nos engañemos y llamemos al pan, pan, y al vino, vino: *Sólo cuentos* es un libro docente. Pero no sólo para niños y jóvenes, sino también para adultos y viejos, que de solidaridad, deseos de comprensión, tolerancia y humor, sobre todo de humor, estamos todos, la humanidad entera, cada día más necesitados. *Sólo cuentos* es la obra de un autor universal para unos lectores universales. Y prueba de ello es lo mucho que el muy respetable y admirado Mr. Rudyard Kipling —ya en la cumbre de su gloria— se divirtió al escribirlo y al ilustrarlo de su propio mano. Y, en 1902, fecha en la que apareció este libro, el gran Kipling había cumplido ya los 37 años. En este aspecto, esta obra refleja una de las facetas más positivas del sistema educativo británico y la meritoria vocación de los maestros que lo impartían y aplicaban y que dieron pie a que sir Winston Churchill llegase a escribir que el milagro del Imperio Británico no era, en última instancia, obra de políticos ni de militares, sino de maestros de enseñanza Primaria y Secundaria. Y es que una educación, basada en el sentido del humor y en la deportividad (saber ganar y saber perder), es lo que más se aproxima a un ideal utópico-docente.

Sólo cuentos es, pues, un libro felizmente pedagógico, en el sentido noble y genuino de la palabra. Un libro que induce a quien lo lee a saber comportarse dignamente, tanto en la felicidad como en la desgracia, porque la medida de todo lo humano es siempre relativa y nada hay que no pueda ennoblecer una pequeña dosis de sentido del humor.

El ejercicio de la imaginación

Pero, además de saber comportarse con deportividad y humor, el señor Kipling, que es quizás algo entrometido, desea enseñarnos, con esta docena exacta de cuentos que contiene el volumen, otras muchas cosas, como, por ejemplo, ejercitar la imaginación. ¿Qué es la imaginación? Acudamos al *Diccionario de*



ÁNGEL DOMÍNGUEZ, PRECISAMENT AIXÍ, JUVENTUD, 1998.



RUDYARD KIPLING, SÓLO CUENTOS, ANAYA, 1988.

la Real Academia Española, que para algo trabajan los señores académicos, y veamos qué nos dice: *Imaginación*: «Facultad del alma que representa las imágenes de las cosas reales o ideales». Esa representación de las cosas reales y, sobre todo, de las ideales, es decir, de las que nosotros mismos fabricamos para nuestro mundo interior y que es la puerta que abre al hombre la existencia de ese universo espiritual que designamos con la breve palabra de *arte*. Sin imaginación no puede haber creadores artistas, ni tampoco espectadores capaces de captar y valorar la expresión artística.

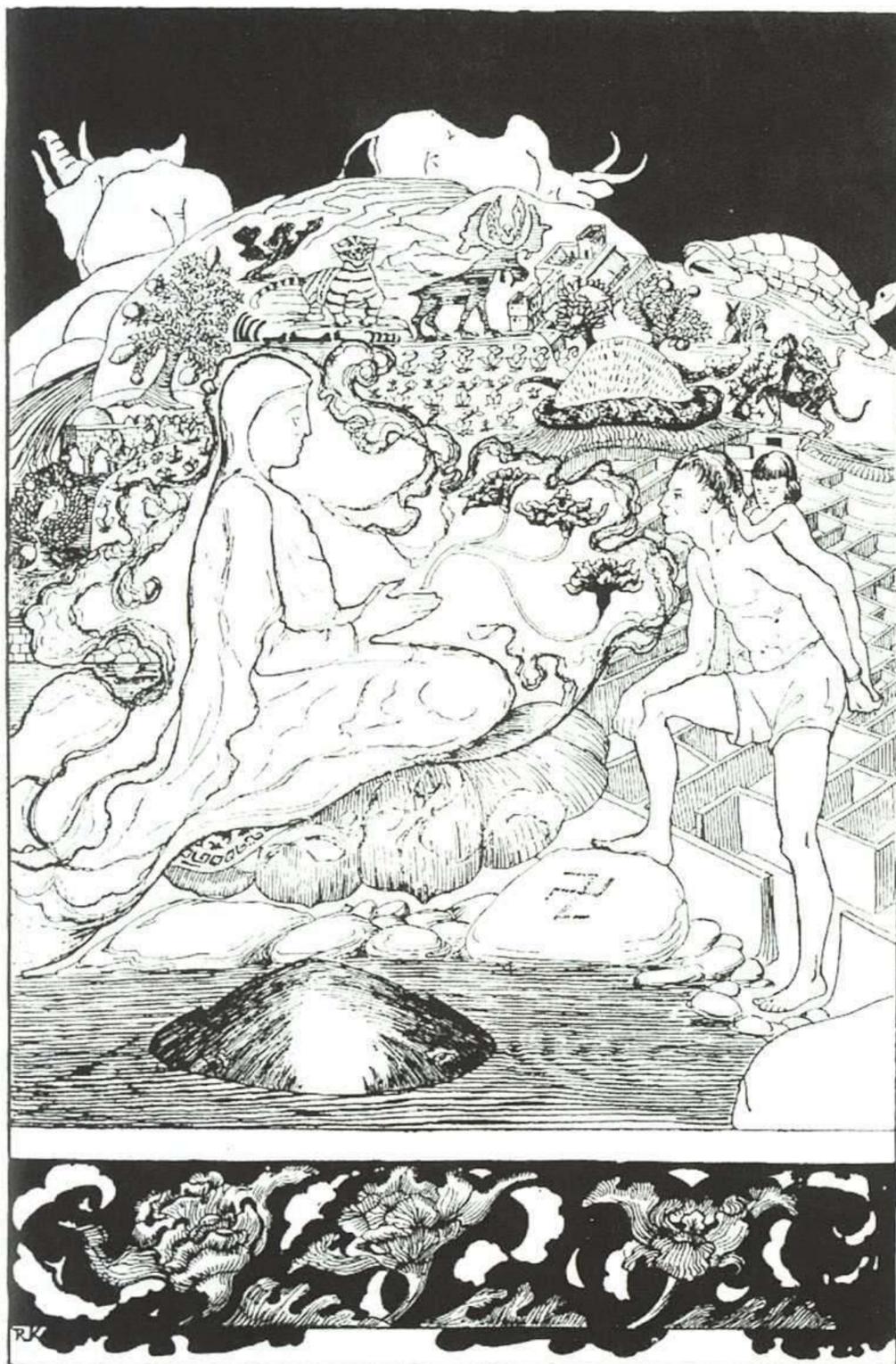
En este sentido, *Sólo cuentos* es uno de los libros más artísticos de Rudyard Kipling, y en el que la imaginación desempeña un papel tan prioritario, que el

lector recorre sus páginas sobresaltado por las sacudidas sorprendentes que nos deparan esas representaciones de cosas ideales de las que nos habla el *Diccionario de la Lengua*. La lectura de estos cuentos, tan netamente kiplinianos, nos introduce en mundos ideales y, a la vez —valga la paradoja—, de tal realidad aparente, que nos produce una sensación de bienhadado y feliz desconcierto. ¿Cómo es posible que un naufrago pueda ser ingerido, con su almadía y sus tirantes incluidos, por una ballena y vomitado por ésta en la costa de su tierra natal, porque el tal naufrago le produce hipo? ¿Qué hace un discípulo de Zoroastro en esa isla de precioso nombre, Socotora, en la que vive sólo en compañía de una estufa que utiliza para cocinar y de un

sombrero, en el que los rayos del sol se reflejan, superando con mucho cualquier esplendor oriental? ¿Qué puede haber determinado a un etíope a viajar hasta el África del Sur, para hacerse amigo de un leopardo, al que presta las manchas del negro sobrante de su propia piel? ¿Cómo un rinoceronte se despoja de la suya y se la echa al hombro, como si de una camiseta se tratara, en un día de agobiante calor? ¿Cómo un erizo y una tortuga pueden convertirse en una nueva especie animal que participa de las características de ambos? ¿Cómo un avieso y traicionero cocodrilo puede favorecer a un inocente y pequeño elefante, tirando de su inútil nariz hasta convertirla en una trompa funcional e imprescindible? ¿Acaso hay canguro y perro que resistan una carrera desenfrenada a través de los desiertos, los bosques, las montañas, las dilatadas praderas y los ríos del continente australiano? Kipling, con su arte prodigioso, alcanza la meta última a la que la imaginación puede aspirar: convertir en real lo irreal, hacer algo posible de lo imposible.

Por eso, buen conocedor y practicante asiduo de su ubérrima imaginación, Kipling nos da en este libro algunas pistas para que nosotros cultivemos la nuestra. En uno de esos cuentos, concretamente «El cangrejo que jugaba con el mar», el escritor nos induce de manera directa a leer mapas, y hace constar su opinión (que muchos con él compartimos) de que un atlas es el mejor libro de dibujos que existe en el mundo. En el poema que cierra esta narración de Pau Amma, el autor nos pide, sin recato ni excusa, que localicemos sobre cartas geográficas todos los puertos de mar que en el mismo se citan. Y es —no cabe duda— que la lectura de mapas induce al ensueño, a la fantasía y al deseo de aventura, que son sensacionales fuentes de estímulo para la imaginación.

Creo que los muchachos y también las chicas de la generación de Kipling, e incluso los de la mía, sabíamos bastante más geografía que las generaciones actuales. Concretamente, en mi familia —hemos sido siete hermanos—, cada uno de nosotros disponía, como promedio, de tres atlas, entre los que figuraba aquel magnífico libro de mapas, de pequeño formato, cuyo autor era un ale-



RUDYARD KIPLING, SÓLO CUENTOS, ANAYA, 1988.

mán llamado Justus Perthes y que, en las décadas de los años 20 y 30 de este siglo, fue el último grito de este arte bellísimo que es la cartografía.

Un retablo de la cultura neolítica

Puede parecer extraño que, hasta aquí, sólo haya citado de paso a esas dos maravillas literarias que forman parte de este libro y que son los dos cuentos de Tegumai, Teshumai y Taffy, que nos ofrecen un retablo extraordinariamente exacto de lo que fue la cultura neolítica, y de lo que ella supuso para el ser humano en su

lenta y esforzada carrera hacia el progreso y el bienestar.

Hay quien llama a este período *revolución neolítica* (12000-4000 a. de C.), pues tantos y tan señalados fueron sus avances en todos los aspectos de la vida del hombre y la mujer casi primitivos. Yo no sé si Kipling creía en la eficacia de lo que se da en llamar *revoluciones*. Me inclino a pensar que no.

Etimológicamente, la palabra *revolución* deriva del verbo *revolvere*, que significa «volver atrás, retrocediendo» o «hacer volver a los orígenes». Y creo que ello es dato suficientemente aclaratorio y que viene como anillo al dedo a ese término histórico de *revolución*, que

la propia Historia se ha encargado de demostrar su falta de operatividad a favor del hombre y su considerable carga de consecuencias negativas. Por tanto, me niego rotundamente a llamar revolución al período de grandes avances para la vida humana que supuso aquel largo estadio de evolución (del latín *evolvere* = «sacar arrastrando; arrancar rodando»), que fue el duro y penoso «arrancar rodando, sacar adelante arrastrando» a la humanidad paleolítica hacia la eclosión de una vida mejor.

Pues bien, las connotaciones fundamentales del período neolítico se encuentran, en las dos narraciones de Tegumai, magníficamente recreadas por la fértil imaginación de Rudyard Kipling. A partir del pre-neolítico (15000-12000 a. de C.), el hombre se va haciendo, poco a poco, sedentario, deja de ser trashumante y depredador, comienza a cultivar la tierra y a domesticar a los animales y, como consecuencia de todo esto, inventa la cerámica para recoger y almacenar los frutos de la tierra y los productos alimenticios que proporciona el ganado doméstico.

Pero, ¿quién fue el agente que determinó este cambio esencial de vida en los primeros umbrales de la cultura humana? Fue la mujer. La mujer, que, como el pequeño elefante kipliniano, es ser de insaciable *curiosidad*, entretuvo sus ocios obligados por la crianza de los hijos —mientras el hombre cazaba y depredaba en el mundo exterior— realizando experiencias con distintas semillas y la madre tierra. La escasez de trabajos domésticos y las largas horas de sueño y descanso de los niños le permitieron ir descubriendo, paso a paso, verdades que hoy nos parecen elementales, pero que, en aquel entonces, no lo eran. Tras larga experimentación, la mujer llegó a convencerse de que si se enterraban, en tiempo apropiado, unos granos de trigo, meses más tarde surgían, multiplicadas, las mieses, y que lo mismo ocurría con la avena, con el mijo y con la cebada. Aprendió, en el curso de años y más años —pasando de una a otra generación el gran secreto por tradición oral—, que de unos cuantos esquejes de vid salían más vides, y que del fruto de un árbol podía crecer un árbol nuevo. Fue también la mujer la que, en sus

ratos libres, se acercó a los animales y supo seducirlos para hacerlos domésticos y servirse de ellos. Y fue también la mujer quien, tras las primeras cosechas y ordeños de ganado, se vio en la necesidad de convencer al hombre para que ambos se dedicasen a fabricar vasijas de arcilla, para mantener los alimentos a buen recaudo. Con el tiempo, el hombre dejó de cazar y de destruir y, por una vez, vino a dar la razón a la mujer: se había inventado un modo de vida infinitamente más humano y con mayores posibilidades de mejorar la calidad de vida. Y el hombre se hizo agricultor, ganadero y, lo que es más importante, responsable padre de familia. Perfeccionó funcionalmente su pintura, haciéndola más esquemática, y es posible —¿por qué no?— que hasta apareciesen conatos de creación de un alfabeto, tal como describe Kipling en su magistral cuento.

El último cuento

Y para concluir el somero examen de estos cuentos, quiero dedicar unas líneas a la última historia del libro, la extraordinaria narración titulada «La mariposa que pegaba patadas». El personaje central de la misma es el gran rey Salomón, hijo y sucesor de David en el trono de Israel, rey sabio y piadoso, pero que gustaba demasiado de las mujeres, que fueron causa de su perdición.

Balkis, la reina entre las reinas y la hermosa entre las hermosas, representa en la narración a la reina de Saba, que, atraída por la sabiduría de Salomón, fue, en cierta ocasión, a visitarle y ofrecerle valiosos regalos. *La Biblia* habla poco de la reina de Saba y poco más se ocupa de ella el libro sagrado de los musulmanes, *Alcorán*. En este último texto se la cita con el nombre de Bilgis —fonéti-

camente parecido al de Balkis— y se dice que su reino se extendía a lo largo de la zona sur de la península arábiga. Bilgis o Balkis no se casó nunca con Salomón (aunque es muy posible que *ligue* hubiese). *La Biblia* —Kipling, como buen anglicano, conocía el texto— nos habla de Salomón en el centro, en el Libro I de los Reyes, donde se describe la fama sin límites de su sabiduría, que le llevó a «pronunciar tres mil proverbios y a escribir mil cinco cánticos». Aquel gran rey de saber enciclopédico «trató también acerca de los árboles, desde el cedro del Líbano hasta *el bisopo que brota en la pared* y disertó sobre las bestias, las aves, los reptiles y los peces». De ahí, quizá, los deseos de Suleiman-ben-Daoud, en el cuento que comentamos, de dar de comer a todos los animales del mundo.

Salomón llegó a tener, según *La Biblia*, setecientas esposas y trescientas concubinas, con los que el número real de mujeres citado en el cuento de Kipling —novecientas noventa y nueve, más Balkis— es exacto. Fueron, como ya se ha dicho, estas mujeres la causa de su perdición, pues inclinaron «hacia los dioses ajenos el corazón real, el cual no fue sumiso a la voluntad de Yahvé».

En cuanto al reino de Saba, es posible que se extendiese hasta más allá del mar Rojo y llegase hasta Eritrea y Abisinia, en cuyo caso los ríos de Oro que aparecen en la narración de nuestro escritor podrían ser el Nilo Blanco y el Nilo Azul, además del Atgara (consultad un mapa de la región conocida como «cuerno de África»). Es muy improbable, sin embargo, que el reino de Bilgis o Balkis se extendiese a zonas tan meridionales como Zimbabwe.

Sólo cuentos es un libro de excepción, rabiosamente kipliniano, quizá una lograda continuación de sus libros selváticos, cuyos intérpretes son animales que piensan, hablan y se comportan como seres humanos, con una naturalidad tan bien lograda que el lector no tiene otra opción que aceptarlos como seres de su propia especie. ■

*Jorge Ferrer-Vidal es escritor, poeta y traductor.

Nota

Este artículo se publicó como Apéndice en la edición de *Sólo cuentos (para niños)*, de Anaya (1988).



RUDYARD KIPLING, SÓLO CUENTOS, ANAYA, 1988.